

romanos, bajo la pesadumbre abrumadora de sus recuerdos y de sus ruinas, y que ha resucitado en transfiguración superior á las sublimes transfiguraciones trazadas por sus pintores, enseñando una enseñanza consoladora: cómo antes puede perderse en este nuestro planeta el calor central que el calor de la libertad, y antes extinguirse en lo infinito la luz de los astros, que en los corazones de los desdichados y de los oprimidos, la esperanza en una saludable y definitiva redención.

(Del discurso pronunciado el 12 de Mayo de 1875 en el Círculo progresista de Roma.)



XXXVIII

LA patria! En todos tiempos, y para todas las generaciones, ha sido sagrado este dulcísimo nombre de patria. Podemos creer que nuestra vida se dilata desde el principio al fin de la historia; que nuestro hogar es todo el planeta; que nuestros hermanos son todos los hombres; que la madre de nuestro cuerpo es la naturaleza de donde venimos y á donde vamos en el círculo de la vida y de la muerte; que la madre inmortal de nuestro espíritu es la humanidad, de la cual bajan las almas individuales en una emanación continua, como los rayos luminosos bajan del sol; que no hay sino un solo Dios para la conciencia y un solo derecho para la sociedad; que todos nos vemos, res-

piramos, vivimos en la unidad superior del universo, del cual somos parte integrante como cada ser; y, sin embargo, no por eso amaremos menos el pedazo de tierra donde vertimos la primera lágrima y el pedazo de cielo donde vislumbramos la primera luz. Vulgaridad insigne, pero vulgaridad sublime, el amor sagrado de la patria.

La amamos con el más ciego y el más constante de todos los amores, con el amor propio. Nos parece que hay algo de sus átomos en nuestros huesos, y algo de la savia de sus plantas en nuestra sangre, y algo de su carácter en nuestras facultades morales, y algo de calor en nuestra vida, y algo del corazón de nuestras madres en las entrañas de su tierra; y que habrá compasión en su polvo para nuestras cenizas en el día solemne en que vayamos á pedirle el eterno asilo de la muerte. Jamás nos ha parecido ningún horizonte, ningún cielo como aquel por donde vagaba como una mariposa en la infancia nuestra alma con las frágiles alas teñidas del tornasol de todas las ilusiones y de todas las esperanzas. Jamás nuestro conocimiento de la vida ha valido lo que valían los engaños

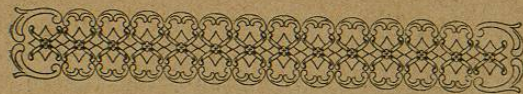
de la inocencia. Jamás ha tenido ninguna de nuestras pasiones el casto y vívido calor que tenía el nido primero de nuestros primeros amores. Jamás la campana de una catedral gótica, cuyas agujas frisan con el cielo, ha podido despertar en el alma una oración tan llena de fe como aquella campana de nuestro rústico valle, cuando al caer las sombras de los altos montes, al replegarse las aves en el follaje y desplegarse las estrellas en los cielos, tocaba desde el torreón de la humilde iglesia el Ave María.

Hemos visitado después las mayores ciudades del mundo; hemos contemplado desde la raíz á la cima de las altas montañas coronadas de nieves; hemos atravesado bosques, cuyos árboles seculares son contemporáneos de los primeros días de la historia moderna; hemos escuchado el fragor de ríos caudalosos, precipitándose entre las quebradas de toscos peñascos en espumosa catarata; hemos asistido á gran parte de los más magníficos espectáculos que ha ofrecido esta soberbia Europa, y no recordamos ninguna emoción en ningún punto de la sociedad, en ninguna región del espacio, en ninguna es-

fera del arte, que pueda compararse con aquellas emociones vírgenes que dejaba en nuestro corazón el mundo, cuando el mundo se aparecía desconocido, misterioso como una flor llena de miel, sobre cuyo cáliz cantaban los coros de las aves, á los ojos de la infancia.

¡Tierra, tierra patria! Tú serás siempre sagrada, porque tú estás ungida con las lágrimas de nuestras madres.

(De su obra *Un año en París*, pág. 61. Año 1875.)



XXXIX

ESPAÑA, España! Confieso que no puedo escribir este nombre sin una emoción profundísima, emoción que llega hasta lo más hondo y lo más íntimo de mi espíritu.

Amamos siempre á nuestro país, pero lo amamos mucho más desde lejos (1). Cuando veo este cielo siempre obscuro, y este suelo siempre humedecido por la lluvia, siento la nostalgia infinita por aquel cielo siempre azul y por aquel suelo siempre abrasado. Para los hebreos la tierra prometida era la volcánica y árida Palestina. Para mí la tierra prometida, al menos á mis huesos, la tierra del descanso eterno y del sueño eterno, es

(1) Estaba en París.